

problemas escritos con caracteres de sangre y que no se resolverán sino con torrentes de sangre también: y tan inmenso desorden, ¿cómo ha de producir la alegría?

No, lo que promueve en el alma es la tristeza.

Y además, el sentimiento de la curiosidad mejor crece que se satisface en medio de tan indeterminada balumba de cosas extrañas.

¡Qué misteriosas revoluciones se operan en el alma humana! No había trascurrido un cuarto de hora desde mi llegada al puente, cuando apoyado en el pretil haciendo rasguños con el lápiz sobre un pedazo de madera, dibujando arabescos, ya me repetía á mí mismo aquella sentencia de Mad. Stael:

Viajar es el más triste de los placeres.

STAMBUL.

Para sacudir este aturdimiento, nada mejor que tomar una de las mil sendas que serpentean por los flancos de la colina de Stambul. Allí reina una paz profunda y puede contemplarse tranquilamente en todo su aspecto aquel Oriente celoso y lleno de misterio que, sobre la otra ribera del Cuerno de Oro, no se ve sino á rasgos fugaces, en medio á la rumorosa confusion de la vida europea.

Aquí todo es sinceramente oriental.

Durante un cuarto de hora de camino, no se ve á nadie ni se siente rumor alguno. Aquí y allá aparecen casitas de madera pintadas de mil colores, en las cuales el primer piso sobresale del bajo y el segundo del primero y cuyas ventanas tienen una especie de tribuna acristalada por todas partes y cerrada por celosías de madera y pequeños agujeros, semejando casillas adheridas á la principal y dando al camino un aspecto singularísimo de tristeza y de misterio.

En algunos parajes, estréchanse tanto las calles, que los techos volados de las casas opuestas casi se tocan, y á veces se camina largo trecho á la sombra de aquellas jaulas humanas, verdaderamente bajo los piés de las mujeres turcas, que se pasan una gran parte del día no viendo sino una tira ó franja de cielo.

Las puertas están todas cerradas; cerradas las ventanas del piso bajo; todo respira celos ó temor; parece que se atraviesa una ciudad de monasterios.

De repente, se escucha una carcajada, y alzando la cabeza, vése por algun resquicio un nudo de trezta ó un ojo centelleante que desaparece súbitamente.

En algunos sitios, sorprendeis una conversacion viva y animada, sostenida desde una á la otra parte de la calle; pero cesa repentinamente al rumor de vuestro paso. Al cruzar, turbais por un instante quién sabe qué red misteriosa de tramas y de intrigas.

No veis á nadie y mil ojos os miran; creéis estar solo y os sentís en medio de una muchedumbre; quereis pasar inadvertido, aligerais el paso, caminais con cuidado midiendo las miradas... una puerta que se abre ó una ventana que se cierra, os sacuden bruscamente como un gran rumor.

Parece que aquel camino ha de volver á que-

dar en la oscuridad. Pero sucede todo lo contrario.

Una mancha verde de la que surge un minarete blanco; un turco vestido de rojo que baja hácia vosotros; una sierva negra en pié, parada delante de una puerta; un tapiz persa colgado ante una ventana, bastan á formar un cuadro tan lleno de vida y de armonía, que estaríais una hora contemplándolo.

La poca gente que pasa junto á vosotros, ni siquiera os mira.

Sin embargo, alguna vez oís gritar á vuestra espalda:—*Giaur!* (infiel)—y volviéndoos, veis desaparecer tras el quicio de una puerta la cabeza de un muchacho. Otras veces, se abre la puertecilla de una de aquellas casitas; os deteneis esperando la aparicion de la bella de un haren, y quedais sorprendidos ante una señora europea con sombrerillo y cola de seda, que murmura un *adieu* ó un *au revoir*, y se aleja rápidamente dejándoos con la boca abierta.

En otra calle enteramente turca y enteramente silenciosa, sentís cerca de vosotros ronco sonido de cuerno y el trotar de un caballo; os volveis para inquirir lo que pasa. Apenas dais crédito á vuestra vista. Es un ómnibus enorme que se adelanta sobre dos ruedas sin que le hayais visto, lleno de turcos y de francos, con su conductor uniformado y su tablilla de tarifa, como un tranvía de Viena ó de París.

La desafinacion que causa esta aparicion en medio de aquellas calles, no puede pintarla la palabra; parece una burla ó un error; os dan tentaciones de reir, y mirais aquel pesado vehículo como si jamás hubierais presenciado cosa semejante. Pasado el ómnibus, parece que pasa la imágen viva de Europa y os encontrais en Asia, de nuevo, por medio de un cambio de decoracion.

Estas calles solitarias desembocan en una plazoleta despejada, casi totalmente sombreada por un plátano gigantesco. A un lado de la plaza, hay ancha fuente donde abreven los camellos; al otro, gran café con una fila de colchones extendida ante la puerta, y algun turco echado que fuma. Junto á la misma puerta, extensa parra abrazada á una higuera, cuyos pámpanos llegan hasta el suelo, dejando ver, entre hoja y hoja, el azul lejano del mar de Mármara y algunas velas blancas.

Una luz blanquísima y un silencio mortal, dan á todos estos lugares carácter así entre solemne y melancólico, que les hace inolvidables, aunque se hayan visto una sola vez.

Se vá adelante, adelante, casi seducido por aquella dulce quietud misteriosa que penetra paulatinamente en el alma como ligera somnolencia, y á poco se pierde todo sentimiento de la distancia y del tiempo. Encuéntanse vastos espacios con huellas de incendios recientes, en los que no existen más que algunas casas desparramadas,

entre las cuales crece la yerba y serpentean los senderos del ganado; puntos elevados, desde los cuales se abarca con la mirada calles, callejuelas, jardines, centenares de casas, y no se ve por ninguna parte ni criaturas humanas, ni nubes de humo, ni puertas abiertas, ni el menor indicio de habitacion y de vida; tanto, que podia uno muy bien creerse solo en aquella inmensa ciudad, y al reflexionar un instante, verse casi presa del pánico.

Pero descended la cuesta y llegad al fondo de cualquiera de aquellos senderos: todo ha cambiado.

Os encontrais en una de las grandes vías de Stambul, flanqueadas de monumentos, ante los cuales no bastan vuestros ojos para la admiracion.

Caminais en medio de las mezquitas, de los kioscos, de los alminares, de las galerías cubiertas, de las fuentes de mármol y de lápiz-lázuli, de los mausoleos de los sultanes, cubiertos de arabescos y de inscripciones de oro, de los muros recubiertos de mosaicos, bajo techos de cedro con incrustaciones, á la sombra de una vegetacion exuberante que supera las paredes del circuito y las verjas doradas de los jardines, llenando la vía de perfumes.

Por estas vías se encuentran á cada paso carrozas de bajás, oficiales, capitanes, ayudantes de campo, eunucos de las grandes casas, procesiones

de criados y parásitos que van y vienen de ministerio á ministerio.

Allí se reconoce la metrópoli del gran Imperio y se admira en toda su magnificencia. Por todas partes una blancura, una delicadeza arquitectónica, un murmullo de agua, una frescura de sombra que acaricia los sentidos como música lejana y que llena la mente de imágenes risueñas.

Por estas calles se llega á las grandes plazas en que se levantan las mezquitas imperiales, y ante aquellas moles inmensas se queda uno asombrado. Cada cual de ellas forma como el núcleo de pequeña ciudad de colegios, de hospitales, de escuelas, de bibliotecas, de almacenes, de baños, que pasan casi inadvertidos, arrojados como están alrededor de la cúpula enorme á que sirven de corona.

La arquitectura, que en un principio se tuvo por sencillísima, presenta luego una variedad de detalles, que atraen la mirada de mil partes distintas. Hay pequeñas cúpulas revestidas de plomo; techos de formas extrañas que se levantan unos sobre otros; galerías aéreas; grandes pórticos; ventanas de parteluz; arcos festoneados; minaretes acanalados, rodeados por pequeñas terrazas descubiertas, con capiteles de estalactitas; puertas y fuentes monumentales que parecen revestidas de festones; muros resplandecientes de oro y de mil colores; todo recamado, cincelado, ligero, atrevi-

do, sombreado por las encinas, por los cipreses y los saúces, en que anidan nubes de pájaros que vagan en lento vuelo alrededor de la cúpula y llenan de armonía todos los ámbitos del inmenso edificio.

Allí empieza á experimentarse cierta cosa que es más profunda y más fuerte que el sentimiento de la belleza.

Aquellos monumentos, que son como colonial afirmación marmórea de un orden de ideas y de sentimientos diversos de aquellos en que hemos nacido y crecido, forman casi el esqueleto de una raza y de una fé hostil, que manifiesta en mudo lenguaje de líneas soberbias y de temeraria altura la gloria de un Dios que no es el nuestro y de un pueblo que ha hecho temblar á nuestros padres, é infunde un respeto mixto de desconfianza y de temor, que sobrepuja á la curiosidad y que nos lleva lejos con el pensamiento.

Véanse en los umbrosos patios, turcos que hacen sus abluciones en las fuentes, mendigos agazapados al pié de las columnas, mujeres cubiertas que pasean á la sombra de las arcadas; todo tranquilo y como animado por una tinta de tristeza y de voluptuosidad, que no se sabe á punto fijo de dónde procede, y sobre la cual la imaginación se detiene y trabaja como sobre un enigma. Galata, Pera, ¡qué lejos estais!

Os sentís solos en otro mundo y en otro tiem-

po, en la Stambul de Soliman el Grande y de Bayaceto II, y experimentais un vivo sentimiento de estupor, cuando saliendo de una plaza y perdido de vista aquel desmesurado monumento de la potencia de los Osmanlíes, os encontrais en medio de la Constantinopla de madera, mezquina, decadente, llena de suciedad y de miseria.

A medida que caminais hácia adelante, las casas pierden sus colores, las tazas de las fuentes se cubren de musgo, encontrais mezquitas enanas con los muros hendidos y los alminares de madera circundados de zarzas y de ortigas; mausoleos arruinados, escaleras rotas; sendas cubiertas de escombros, barrios decrepitos de una tristeza infinita, donde no se siente otro rumor que el aleteo de los gavilanes y de las cigüeñas ó la voz gutural del *muezzin* solitario que dice la palabra de Dios desde lo alto de un alminar oculto.

Ninguna ciudad representa mejor que Stambul la naturaleza y la filosofía de su pueblo. Todo lo que allí existe grande ó bello, es de Dios ó del Sultan, imágen de Dios sobre la tierra: todo lo demás es pasajero y lleva la huella de una profunda negligencia de las cosas mundanas.

La tribu de pastores se ha convertido en Nacion; mas su amor instintivo á la Naturaleza campestre, á la contemplacion y al ócio; han conservado á la Metròpoli su aspecto de campamento.

Stambul no es una ciudad: no trabaja, no pien-

sa, no crea. La civilizacion derriba sus puertas y asalta sus calles; mientras ella sueña y fantasea á la sombra de sus mezquitas y deja hacer.

Es una ciudad desligada, dispersa, deforme, que representa más bien el residuo de una raza errante, que la pujanza de un Estado constituido: un bosquejo inmenso de Metròpoli: un gran espectáculo, mejor que una gran ciudad.

No puede de ella formarse una acabada imágen si no se la recorre por completo.

Es preciso partir de la primera colina, la que forma la punta del triángulo y baña con sus aguas el mar de Mármara. Esta es, por decirlo así, la cabeza de Stambul: un barrio monumental, lleno de recuerdos, de majestad y de luz.

Aquí está el antiguo Serrallo, donde antes surgió la primitiva Bizancio, con su acrópolis y el templo de Júpiter, con el palacio de la Emperatriz Placidia y las termas de Arcadio; aquí, la mezquita de Santa Sofía, la mezquita de Ahmed y el At-meidan, que ocupa el espacio del hipódromo antiguo, donde, en medio de un olimpo de bronce y de mármoles, entre los gritos de una muchedumbre vestida de seda y de púrpura, corrian las carrozas ante los Emperadores, resplandecientes de perlas.

Desde esta colina se descende á un valle poco profundo por el que se extienden los muros occidentales del Serrallo, señalando el confín de la Bi-

zancio antigua, y se levanta la Sublime Puerta, por la cual se entra en el palacio del Gran Visir y en el Ministerio del Exterior: ¡barrio austero y silencioso, en el que parece recogerse toda la tristeza de la suerte del Imperio!

De este valle se sube á la segunda colina, en la que se levanta la mezquita marmórea de Nutrí-Osmanié, luz de Osmán, y la columna quemada de Constantino, que sostenia un Apolo de bronce con la cabeza del gran Emperador, colocada en medio del foro antiguo y circundada de pórticos, de arcos de triunfo y de estatuas.

Más allá de esta colina, se extiende el valle del bazar que, desde la mezquita de Bayaceto, vá hasta la de la Sultana Validé, y abarca un laberinto inmenso de caminos cubiertos, llenos de gente y de rumores, del cual se sale con la vista turbada y ensordecidos los oídos.

Sobre la tercer colina, que domina á un tiempo el mar de Mármara y el Cuerno de Oro, descuella la mezquita de Soliman, rival de Santa Sofía, *joya y esplendor de Stambul*, como la llaman los poetas turcos, y la maravillosa torre del Ministerio de la Guerra, que se levanta sobre las ruinas del antiguo palacio de Constantino, habitado en un tiempo por Mahomet el Conquistador, y convertido despues en Serrallo de los Sultanes jubilados.

Entre la tercera y la cuarta altura, se extiende

de como puente aéreo el enorme acueducto del Emperador Valente, formado por dos órdenes de arcos ligerísimos, revestidos de verdura que baja en guirnaldas sobre el valle poblado de casas.

Pasando por bajo del acueducto, se sube á la cuarta colina.

Allí, sobre las ruinas de la famosa iglesia de los Santos Apóstoles, fundada por la Emperatriz Elena y restaurada por Teodora, se levanta la mezquita de Mahomet II, rodeada de escuelas, de hospitales y de albergues de caravanas. Al lado de la mezquita, el bazar de los esclavos, los baños de Mahomet y la columna granítica de Marciano, que conserva todavia su cipo (1) de mármol, ornado con las águilas imperiales; junto á la columna, el lugar donde estuvo la plaza del Et-Meidan, en la que se consumó el famoso estrago de los genízaros.

Atraviésase otro valle cubierto por otra ciudad y se sube á la quinta colina, sobre la cual está colocada la mezquita de Selim, junto á la antigua cisterna de San Pedro, convertida en jardin.

Debajo, y á lo largo del Cuerno de Oro, se extiende el Fanar, barrio griego, residencia del Patriarca, en el cual se ha refugiado la antigua Bizancio con los descendientes de los Paleólogos y

(1) Lápida romana para las inscripciones.

de los Commenos, y donde tuvo efecto la horrible carnicería de 1821.

Se desciende á un quinto valle y se sube sobre la sexta colina. Aquí se está ya sobre el terreno que ocupaban las ocho cohortes de los cuarenta mil godos de Constantino, fuera del ámbito de la primera muralla, las cuales no abrazaban sino la cuarta colina, y en el punto mismo ocupado por la sétima cohorte, que ha legado al sitio el nombre de Hebdomon.

Sobre la sexta colina, permanecen las murallas del palacio de Constantino Porfirogeneto, en donde se coronaba á los Emperadores, y llamada hoy por los turcos Tekir-Serai, es decir, palacio de los Príncipes.

Al pié de la colina Balata, *el gueto* (barrio de los judíos) de Constantinopla, cuartel inmundo que se extiende sobre la ribera del Cuerno hasta los muros de la ciudad; y al lado de allá de Balata, el barrio suburbano antiguo de las Blaquernas, en otro tiempo adornado con palacios de techos dorados, residencia predilecta de los Emperadores, famoso por la gran iglesia de la Emperatriz Pulqueria y por el Santuario de las reliquias, y hoy cubierto de ruinas y de tristezas.

En la Blaquerna empiezan los muros almenados que desde el Cuerno de Oro corren hasta el mar de Mármara, abarcando la sétima colina, donde existió el foro boario y se conserva aún el

pedestal de la columna de Arcadio. Es la colina más oriental y más grande de Stambul, entre la cual y las otras seis corre el riachuelo Lykus, que penetra en la ciudad cerca de la Puerta de Carisio, y se precipita en el mar junto al antiguo puerto de Teodosio.

Desde las murallas de la Blaquerna, se distingue todavía el barrio de Ortaksiler que desciende dulcemente hácia la rada, coronado de jardines. Más allá de Ortaksiler, el barrio de Eyub, tierra santa de los Osmanlís, con su gentil mezquita y su vasto cementerio sombreado por un bosque de cipreses y blanqueado por los mausoleos y los sepulcros. Despues de Eyub, el llano del antiguo campo militar, donde las legiones levantaban sobre sus escudos á los nuevos Emperadores. Mas allá del campo militar, otro pueblo, en el que los colores más vivos se destacan en medio del verde de los bosques, bañados por las últimas aguas del Cuerno de Oro. Hé aquí Stambul. ¡Es divina!

Pero el corazon se admira al pensar que este pueblo asiático, exterminado, se extiende sobre las ruinas de aquella segunda Roma, de aquel museo inmenso de tesoros, arrebatados á Italia, á Grecia, á Egipto, al Asia Menor, ante cuyo solo recuerdo la mente se abate como presa de divino sueño.

¿Dónde están los grandes pórticos que atravesaban la ciudad, del mar á la muralla, las cúpulas

doradas, los colosos ecuestres que se alzaban sobre pilastras titánicas, ante los anfiteatros y las termas, las esfinges de bronce sentadas sobre pedestales de pórfido, los templos y los palacios que levantaban sus frontispicios de granito en medio de un pueblo aéreo de divinidades de mármol y de Emperadores de plata?

Todo ha desaparecido ó ha sido transformado.

Las estatuas ecuestres de bronce han sido fundidas para cañones; los adornos de cobre de los obeliscos, reducidos á moneda; los sarcófagos de las Emperatrices, cambiados en fuentes; la iglesia de Santa Irene, es un arsenal; la cisterna de Constantino, una oficina; el pedestal de la columna de Arcadio, una tienda de veterinario; la yedra y los pedruscos cubren los cimientos de los alcázares; sobre el suelo de los anfiteatros, crece la yerba de los cementerios; y algunas escasas inscripciones, calcinadas por los incendios ó mutiladas por las cimitarras de los invasores, recuerdan aún que sobre aquella colina estuvo la Metrópoli maravillosa del Imperio de Oriente.

Sobre aquella ruina cruel, se asienta Stambul, como una odalisca sobre un sepulcro, aguardando su hora.

EN LA FONDA.

Y ahora, el lector acompáñeme al hotel á tomar un poco de aliento.

Una gran parte de lo que hasta aquí he descrito, lo visitamos mi amigo y yo el día mismo de nuestra llegada; imagínese el que lee, cómo debíamos tener la cabeza al volver á la fonda, cuando caía la noche.

Durante el camino, no digimos una palabra; y apenas hubimos entrado en el cuarto, nos dejamos caer sobre el sofá, mirándonos cara á cara, y preguntándonos los dos á un mismo tiempo:

—¿Qué te parece?

—¿Qué me dices?

—¡Y pensar que he venido aquí para pintar!

—¡Y yo para escribir!

Y ambos nos sonreimos en señal de fraternal compasion.

Aquella tarde, en efecto, y aun durante algunos días despues, si Su Majestad Abdul-Aziz me